

irrefragables que ministra la historia. *Pomponio Mela*, que nos ha dejado una descripción del festivo y asqueroso banquete en que los *Essedones* devoraban la carne de sus progenitores, sazonada con las entrañas de los animales inmolados, termina su narración diciendo, que las costumbres públicas reclamaban este rasgo de antropofagismo como un testimonio del amor filial<sup>44</sup>. La misma práctica, inspirada por iguales sentimientos, se encontró establecida entre los habitantes de *Irlanda*<sup>45</sup>; y *Herodoto* dice, que los *Calacias* solo respondieron con un grito de escándalo<sup>46</sup>, cuando *Dario* les preguntó por cuál suma de dinero se determinarían á quemar los cadáveres de sus padres. Estas costumbres que, según aquel historiador, existían igualmente en las tribus de raza etiópica, vecinas del Egipto, habían tomado un carácter verdaderamente horrendo, en las de los *Padeos* ó *Pedalianos*, y en las de los *Masagetas*, que aceleraban la muerte á los enfermos y acortaban la vida á los ancianos, sirviéndose también sus restos en el banquete funerario.

Cuando uno lee estos renglones, piensa oír historias calcadas sobre el tipo de las *mil y una noches*, pues no puede concebirse tal oblicuidad ni degeneración en los progresos del entendimiento. Sin embargo, el hecho principal, esto es, *el parricidio por amor*, es literalmente cierto, y no raro en la infancia de los pueblos. *Larcher* ha recopilado en una de sus notas á *Herodoto*<sup>47</sup> bastante número de hechos, comprobados con la autoridad de antiguos y muy respetables historiadores, que no dejan duda sobre su verdad. Por sus relaciones sabemos que las tribus del Norte, conocidas antiguamente con el nombre de *hiperbóreas*, de quienes se dice que observaban la justicia y se alimentaban únicamente de frutas y granos, acostumbraban matar á los secesagenarios. La misma suerte les estaba reservada en *Cerdeña*, con la horrible circunstancia de que los hi-

44 *Hæc sunt apud eos ipsos pietatis ultima officia.*—De situ orbis, lib. II, cap. I.

45 Strab. Geograph., lib. IV, pág. 139: edic. grec.-lat., cum Xiland. 1587, in fol.

46 *Indi vehementer reclamantes, melliora illum ominari jubebant.* Herod. III; 38—97.

47 Lib. I, c. 226, nota 515.

jos eran los homicidas de sus propios padres, matándolos á palos, entre risas y danzas, en honor de Saturno. Menos crueles, á lo ménos, los habitantes de *Ceos*, obligaban *por ley* á los ancianos á beber la cicuta, con cuyo motivo decía el poeta *Menandro*:

*Bellum hoc Cianorum institutum est Phania:*

*Qui non potest vivere bene, non malè moritur.*

*Larcher* cita algunos mas ejemplos tomados de la historia moderna de nuestros días, y en otra de sus notas<sup>48</sup> nos da á conocer las razones con que los *Hotentotes*, que también tenían esa práctica atroz, pretendían justificarla. Formándose allá en su ruda inteligencia una idea ecsagerada de las molestias de la senectud, y mas ecsagerada y falsa aún, de los deberes que en tal caso reclamaba el amor filial, decidieron que la humanidad prescribía el homicidio, y la naturaleza el canibalismo; *porque vale mucho mas librarse de las miserias de la vida por la mano de los amigos y de los parientes, que el morir de hambre en una choza ó ser presa de las fieras.*

He aquí presentada en toda su ingenua y natural sencillez la funesta creencia que, inspirada por los sentimientos mas nobles y sublimes, condujo á muchos pueblos al canibalismo. Así, los *Padeos* ó *Pedalianos*, dominados por el horror que les causaba la idea de la descomposición pútrida del cadáver, mataban á sus enfermos<sup>49</sup>, devorando en seguida sus restos; mientras que los *Masagetas* hacían otro tanto, por considerar este el término y el destino mas honroso á que podía el hombre aspirar en la tierra<sup>50</sup>; y era tal el rigor con que profesaban sus principios que, según *Estrabon*, arrojaban al campo el cadáver del que había muerto de enfermedad, considerándolo como réprobo y merecedor de ser devorado por las fieras<sup>51</sup>. Esto es horrible, en verdad, y lo parecerá mas á los que, no pudiendo

48 Herod. III, 99, nota 189.

49 *Quoties civium aliquis aliquodæ ægrotat, virum quidem sui maxima familiares interimunt: quod dicant illum morbo tabescentem, carnis ipsis corruptorum.* Herod. III, 99.—Con esta version se conforma la de *Miot*, que varia en *Larcher*.

50 ..... *quod genus obitus apud eos beatissimum habetur.* Ibid, I, 216.

51 *Qui è morbo decedunt eos abjiciunt tanquam impios, et dignos qui a feris devorentur.* Lib. XI, fol. 353.

ó no queriendo formar juicios abstractos, juzgan de las costumbres antiguas por las nuestras. Sin embargo, abstengámonos de gritar al escándalo, reflexionando en que si esas prácticas nos parecen execrables y monstruosas, esto procede en mucha parte de que las contemplamos en toda la espantosa desnudez con que nos la presenta la vida salvaje. Y si no, variad la forma, mudad las personas, cambiad el teatro de la escena, y despojando de los encantos con que ha ataviado la imaginación y la poesía los últimos instantes de la desventurada reina de *Caria*, responded con franqueza: ¿qué es lo que encuentra la verdad y la filosofía penetrando en el fondo de este hecho?... ¿Qué es *Artemisa*?... Valerio Máximo lo ha dicho todo en uno de los pensamientos mas sublimes, mas tiernos y verdaderos que puede inspirar el estro poético: MAUSOLI VIVUM AC SPIRANS SEPULCRUM <sup>52</sup>. Y si de este heroico sacrificio del amor conyugal, dejando aparte la fábula, descendemos á las crónicas de la edad media, ¿qué encontramos en ellas?... Buscadlo en el frenesí de esas pasiones adúlteras é incestuosas, que forman el encanto y el asunto favorito de ciertos romances, y que engastadas en un cerco de puñales, de venenos y de cadalsos, terminan con banquetes dignos de los Atridas.

El antropofagismo, que en los casos últimamente citados, era el simple efecto de una pasión ecstática, y que en los pueblos primitivos fué un refinamiento del culto que se creía debido á los muertos, inspirado por el afecto y por las ideas erróneas que se habian formado de la inmortalidad; el antropofagismo, repito, se presentó en otras partes revistiendo formas tan singulares, que uno no sabe cómo explicar. Una de ellas es muy reparable; es el dogma mismo de la metempsícosis, bajo otra forma, que llamaré de *trasfusion*, para distinguirla de la *trasmigración*. Por ésta creían que la alma del difunto pasaba á vivificar alguno de los cuerpos nuevamente creados ó formados despues de la destrucción del que la habia hospedado, á diferencia de la *trasfusion*, por la cual entendían que las calidades morales del finado, tales como la ciencia, el valor, &c., se podían transferir ó transmitir á un ser animado. Ambas, como an-

<sup>52</sup> *Factor. dictor. memorab. l. IV, c. 6. Exempla externa, § I.*

tes dije, son modificaciones del mismo dogma, y las formas estrictas que posteriormente vistieron, parecen derivarse de una práctica de que dan fé los mas antiguos monumentos históricos, y cuyo origen se pierde en el seno misterioso del tiempo. Aquella locucion patética y sublime con que en nuestros libros sagrados se significa el venturoso fin del hombre justo, diciéndose que  *murió en el ósculo del Señor*; y aquella otra: *recoger el último suspiro del moribundo*, que aun se conserva en el lenguaje poético de nuestros dias, nos dan una cabal idea de la fúnebre ceremonia con que el hombre fijaba el lindero entre la vida y la muerte. Esa ceremonia se practicaba por el pariente mas cercano del moribundo, que pegaba en sus labios los suyos, al tiempo de ecshalar el último aliento, para recoger el alma que se creía iba envuelta en él <sup>53</sup>.

Cuál fuera la importancia que los antiguos dieran á esta práctica, nos lo manifiesta el sentido lenguaje que un escritor judío pone en boca de *Jacob*, desolado por no haber tenido el consuelo de cerrar los ojos, ni de dar el último ósculo á su querido José <sup>54</sup>. De ella habla tambien *Virgilio*, haciendo decir á la hermana de Dido:

..... *et extremus si quis super halitus errat,*

*Ore legam;*

y ella, en fin, se conservó aun en el sacerdocio cristiano, como un deber religioso, hasta el tiempo de la celebracion de uno de los concilios de Auxerre, que la abolió <sup>55</sup>. La superstición que dice *Guyon* <sup>56</sup> ecsistia en algunas provincias de Francia, procedia evidentemente de las que los romanos habian dejado sembradas en todos los países donde dominaron. Ella consistia en aprocsimar los niños á la boca de los sacerdotes y de otras personas afamadas por su virtud ó saber, prócsimos á espirar.

<sup>53</sup> Rossino; *Antiq. Rom. &c.*, l. V. c. 39.—Adam, *Antig. Rom.*, t. IV, pág. 6. trad. cast. de *Garriga*; Valencia, 1834.—A esto llamaban los romanos: *extremum spiritum excipere*.

<sup>54</sup> *Officiose..... impendissem morienti extrema oscula, clausissem oculos &c.* Philon Jud. de *Joseph*, fol. 529. E.; edic. grec.-lat. ex Gelen., Paris, 1640 in fol.

<sup>55</sup> Véase la disertación sobre los funerales de los hebreos en la *Biblia de Venecé* t. 12, pág. 66, edic. mexic.

<sup>56</sup> Cit. por el autor del *Diccion. histor. des cultes religieux*, art. *Metempsychos*, § 7.

La ceremonia tierna y patética con que en estos pueblos se revelaba el dogma de la *trasfusion*, se manifestó en otros por medio de prácticas feroces, que tal vez fueron un simple refinamiento de la idea primitiva, ó bien la pululacion del primer germen arrojado en la vida salvaje, que es lo que me parece mas probable. El citado autor del *Diccionario histórico de los cultos* hace mencion de pueblos que conculcando los sagrados derechos de la hospitalidad, asesinaban á sus huéspedes distinguidos, imaginándose que sus virtudes y calidades quedaban en el lugar de su muerte. Algunas de las tribus salvajes de nuestros departamentos interiores, discurriendo con una mejor, aunque no ménos espantable lógica, pensaron que la *trasfusion* seria mas eficaz ayudada por el sistema alimenticio; y esto explica su predileccion por la carne de los animales briosos y ligeros, subsisten hasta hoy entre los *comanches*, que se alimentan de la de mula y especialmente de la de caballo, creyendo aumentar la agilidad y ligereza que tan necesarias les son para sus depredaciones. Una vez puestos en esta via, era necesario que el progreso mismo de su absurda lógica los condujera á devorar el cadáver del guerrero animoso, del afortunado curandero, ó del charlatan inspirado que habia cesado de vivir; y no debia de ser raro, que así como en nuestros tiempos se perpetran algunos asesinatos políticos y literarios por una ambiciosa envidia, el salvaje fuera asesino y antropófago por una impaciente ambicion. En efecto, la crónica de donde he tomado estas noticias<sup>57</sup> dice, que tales hechos y prácticas no eran raros aun despues de la introduccion del cristianismo; así como la historia de Roma memora ejemplos de las mismas en la nacion poderosa que la puso á dos dedos de su ruina. En la animada arenga que *Livio* pone en boca del cónsul *Terentius Varron*, escitando á los Capuanos á defenderse hasta la última estremidad contra la invasion cartaginense, uno de los motivos que mas esfuerza para ecsaltar su indignacion, es que *Annibal* habia emprendido hacer todavía mas cruel y feroz el carácter ya ferino de sus soldados, haciéndolos pasar los rios por puen-

57 *Crónica de S. Francisco de Zacatecas*, por el R. P. Fr. José Arlegui, part. III, cap. 3, pág. 151.

tes formados de cadáveres humanos, ¡y lo que es aun mas horrible! esclama el orador, ¡enseñándolos á alimentarse de carne humana<sup>58</sup>!

Sea, pues, cual fuere el horror que en el estado actual de cultura y suavidad de nuestras costumbres nos inspire, ya no digo la práctica, sino aun la mera idea de la *antropofagia*, absten-gámonos de juzgarla y condenarla por aquellas, y guardémosnos, sobre todo, de decidir que esos pueblos pertenecieron á una raza envilecida, incapaz de ninguna especie de cultura intelectual ó moral; pues tal fallo seria una calumnia que desmiente la historia de la marcha del entendimiento humano, y un error que condena la sana filosofía. Al contrario, esas prácticas, con toda su horrible deformidad, ministran la mejor prueba del adelanto progresivo en la cultura intelectual y moral, especialmente aquellas destinadas á ser una manifestacion sensible del dogma de la inmortalidad del alma.—*Nosotros, que nos ponemos pálidos de horror á la simple idea de los sacrificios humanos y de la brutalidad de los antropófagos*, dice el elocuente historiador del gobierno de la Providencia, *¿cómo podremos ser al mismo tiempo bastante ciegos é ingratos para desconocer que todos estos sentimientos los debemos á la ley de AMOR, que ha velado sobre nosotros en nuestra cuna?*<sup>59</sup> Esta ley, que el conde de *Maistre* llama de amor, es la misma que bajo otra forma y por otros motivos se ve dominar en todos los sistemas religiosos que han admitido los sacrificios; ya sea por que, como observa Mr. *Debret*, *el que vierte la sangre humana sobre las aras de los dioses, no está distante de beberla*; ya sobre todo, y aquí llamo la atencion de mis lectores, porque en todas esas religiones se ha considerado como una parte integrante y esencial del rito, la participacion ó comunion de la hostia ó víctima inmolada en los altares, no excluyéndose de ella sino á los heridos por el anatema religioso. Esta creencia procedia de que todos los pueblos miraban esa hostia como cosa sagrada, por ser ofrenda

58 .....Insuper dux ipse efferabit, pontibus ac molibus ex humanorum corporum strue faciendis et [quod proloqui etiam piget] vesci humanis corporibus docendo.—Lib. XXIII, 5.

59 *Esclarecimientos &c.*, cap. 2, pág. 193.

dedicada á la divinidad (a) y santificada por el sacrificio [b]; en cuya virtud bien podian decir de ella y de sus ritos, lo mismo que el ceremonial religioso de los judíos decia de los suyos: *lex hostiae sancta sanctorum est.*

Si alguno replicare todavía que esas prácticas siempre aparecerán á los ojos de la humanidad y de la razon, crueles, absurdas, ó como otros quieren, aun criminales, ecsamínelas á la luz de la sana filosofía, y reconocerá que ni ese crimen es del hombre, ni ménos prueba una degradacion intelectual ó moral de su especie. Ese crimen, dado caso que lo hubiera, lo seria esclusivamente del tiempo; así como la forma establecida para la participacion del sacrificio, fué inspirada por el sentimiento religioso que la vió como inseparable de la idea que se habia formado de la virtud y santidad de la ofrenda. El escritor católico, repetidamente citado, esplica así este fenómeno intelectual y moral:—"Por una continuacion de las mismas ideas sobre la naturaleza y eficacia de los sacrificios, veian tambien los antiguos alguna cosa misteriosa en la comida del cuerpo y de la sangre de las víctimas. *Esta contenia, en su sentir, el complemento del sacrificio y de la unidad religiosa,* de tal modo, que los cristianos rehusaron por mucho tiempo probar las carnes inmoladas, para que no se creyese que comiéndolas, reconocian las falsas divinidades á que se habian ofrecido; porque todos los que participan de una misma víctima son un mismo cuerpo (1. Corinth. X, 17.) Mas esta idea universal de la comunión por la sangre, aunque viciosa en su aplicacion, creo sin embargo justa y profética en su origen, así como aquella de la cual derivaba <sup>60</sup>."

Pues bien, las mismas ideas, las mismas creencias y la misma voluntad que dirigia la cuchilla del sacerdocio antiguo en la inmolacion y reparticion de la hostia ofrecida en sacrificio, dirigia igualmente la del sacerdocio mexicano; y salva la calidad de las víctimas, puede decirse que los dos cultos estaban enteramente calcados sobre un propio tipo. Si uno y otro inundaban en sangre la ara del sacrificio, aspergando con ella

[a] Deo dicata.

[b] Derivado de: *sacrum facio.*

<sup>60</sup> *Esclarecimientos &c.*, pág. 223.

el tábernaculo, el ara y el simulacro, fué porque ámbos la veian como un medio de lustracion, y porque ámbos creian que *sin efusion de sangre no podia haber remision* <sup>61</sup>. En fin, el sacerdote mexicano no comia la carne de las víctimas por la degradante y salvage glotonería que le atribuyen algunos pretendidos filósofos, sino porque tambien su rito se lo ordenaba, diciéndole que *esa carne era muy santa* <sup>62</sup>.

El señor *Prescott*, que suele poetizar la historia mas de lo que es permitido, maltrata horriblemente el carácter de los infelices mexicanos, en la animada pintura que hace de sus banquetes sagrados (t. 1, p. 53 y sig.), y en la ecsagerada idea que nos da de los esquisitos conocimientos que dice desplegarban para el sazón de las víctimas inmoladas. Tres de las autoridades que cita en su apoyo, y las únicas que he podido consultar <sup>63</sup>, nada dicen absolutamente de ese pretendido refinamiento culinario; al contrario, por la del *P. Sahagun* podemos deducir, que el guiso adoptado para tales casos no solo era el ordinario y comun, que todavía usa nuestro pueblo, sino que es tal, que ya no admite simplificacion. El estirado *Baron de Juras Reales*, que no podia elevarse hasta discernir toda la magnitud del agravio que se hacia al carácter de un pueblo atribuyéndole tan singular y chocante cultura, se difunde en vulgaridades, ecsagerando sin criterio y sin medida el número de las víctimas y el de los platos, en su llamada impropriamente—*Disertacion sobre la antigua y moderna antropofagia de varias naciones americanas*. Allí, contra todas las enseñanzas de la historia y de la crítica, asienta: *que dia y noche corrian copiosos rios de sangre humana al pié de las aras de Huitzilopochtli*; y que en las mesas de *Moteuczoma* y de los caciques

<sup>61</sup> *Etiam tabernaculum, et omnia vasa ministerii sanguine similiter aspersione.*—*Et omnia pene in sanguine secundum legem mundantur: et sine sanguinis effusione non fit remissio.*—Hebr. IX, 21-22.—*Esclarecimientos &c.*, cap. III, pág. 213.

<sup>62</sup> *Omnis masculus de sacerdotali genere.....vescetur his carnibus, quia sanctum sanctorum est.*—(Levit. VII, 6)—.....y el cuerpo [del sacrificado] guisaban y repartian, teniendo aquella carne por cosa sagrada y divina.—*Torquem.* lib. X, cap. 14, pág. 261.

<sup>63</sup> *Sahagun, Torquemada y Herrera*, en los lugares allí cit.

se servían infinitos platos de carne humana, que se apetecían como el bocado mas delicado y sabroso de los banquetes <sup>64</sup>.

Esta asercion estravagante debe colocarse entre las que muy propiamente ha llamado el sabio Abate Guené, *calumnias históricas*; y á la verdad, mejor que *Voltaire*, merecia el disertador las notas de *presuntuoso* y *atrevido* con que lo apoda, al censurarle las especies que dice le inspiraron la idea de su malhadada declamacion. Yo no aprobaré el aire de ligereza con que el filósofo de Ferney trató este y cuantos puntos cayeron bajo el dominio de su fecundo ingenio; pero sí diré que ha conservado intacta la verdad histórica en las siguientes palabras que se le censuran: "Todas las primeras relaciones de la América, decia, no hablan sino de antropófagos. Se diria al oirlas, que los americanos comian hombres tan comun y generalmente como nosotros comemos carneros. El hecho mejor aclarado se reduce á un pequeño número de prisioneros que fueron comidos por los vencedores, en lugar de serlo por los gusanos." Prescindiendo de que fueran en mas ó menos número, sobre lo cual hay mucho que rebajar en las relaciones [a],

<sup>64</sup> *Entretencimientos de un prisionero*, por el Baron de Juras Reales; t. 1, pág. 72 á 74.

[a] Mal avenidos los conquistadores con los severos principios de humanidad y de filantropía que resplandecen en todas las primeras providencias que dictaron los monarcas españoles para la conservacion y buen trato de los indígenas, reclamaron que ellas no podían ni debían observarse con las tribus de antropófagos, á las cuales era necesario esterminar ó esclavizar. Atacados así los reyes católicos en sus mismas trincheras, autorizaron la esclavitud, tan solo de los verdaderamente antropófagos; mas esto bastó para que los conquistadores estendieran indefinidamente su número, porque era la fuente de inmensas riquezas y de seguro bienestar. Los abusos que con tal ocasion se cometieron, y el juicio que debemos formar de esa multiplicidad de antropófagos, lo podemos deducir de lo que los PP. *Acuña* y *Artieda* dicen en la relacion de su viage por el rio de las Amazonas respecto de los portugueses, pues en esta parte fueron iguales todos los conquistadores.—"No niego, dice el primero, que en estas regiones se encuentran algunos bárbaros que no se horrorizan de comer la carne de sus enemigos; mas son en pequeño número, y jamas se ha visto que vendan carne humana en las carnicerías, como lo han publicado algunos portugueses, que so pretexto de vengar esta barbarie, cometen otra mayor, reduciendo á esclavitud á pueblos que nacieron libres é independientes."—"Ellos han publicado que los *Agua*s rehusan vender sus esclavos, porque los engordan para comérselos: esta es una calumnia que han inventado con la única mira de colorear sus propias crueldades contra

diré que *Voltaire* no hacia mas que resumir en breves palabras la sustancia del hecho atestiguado por los mas antiguos y veraces historiadores. Esos infinitos platos de carne humana que dice *Juras Reales* se servían en la mesa de *Moteuczoma*, quedan reducidos, por las relaciones de *Bernal Diaz del Castillo* <sup>65</sup>, *Herrera* <sup>66</sup>, *Gomara* <sup>67</sup> y *Torquemada* <sup>68</sup> á muy pocos, y quizá á uno solo, que se le enviaria en los dias de sacrificios solemnes, puesto que únicamente comia la carne de víctimas inmoladas en las aras de la divinidad. Por lo que toca al refinamiento culinario de que habla el señor *Prescott*, solo hallo algo que se le aprocsime, en lo que dicen *Herrera* y *Torquemada* del plato servido á *Moteuczoma*; mas como por la locucion de estos historiadores se percibe que el condimento era una condicion, pues que de otra manera no lo comia, parece inferirse que el monarca mexicano se sometía á esta práctica, ménos por gusto que por un deber religioso; y que así como los médicos nos doran ó endulzan las medicinas amargas, así aquel procuraba ahogar su repugnancia con lo sabroso del sazón. Al *Baron de Juras Reales*, que calumnia sin remordimiento al desventurado monarca azteca para tener ocasion de ecsaltar el mérito de *Cortes*, presentando á este en continua lucha, ya suplicando, ya amenazando, para desterrar de la mesa de su cautivo el nefando plato, se le podria sellar el labio con las mismas cartas del conquistador, que nada dice sobre el particular, en la menuda descripcion que tambien hace de las costumbres epulares de

"esta inocente nacion." (*Hist. générale des Voyages &c.* vol. LIII, pág. 32-33, edic. in 12. Paris, 1758.)—Este solo hecho, que nuestra propia historia confirma con innumerables monumentos, debe hacernos bastante cautos para dar fácil asenso á esas relaciones que por todas partes hacen brotar naciones enteras de antropófagos.

<sup>65</sup> ..... é como por pasatiempo oi decir, que le solian guisar carnes de muchachos de poca edad. Cap. 91.

<sup>66</sup> Algunas veces, aunque pocas, comia carne humana, y habia de ser de la sacrificada y aderezada por estremo. Dec. II, lib. VII, cap. 7.

<sup>67</sup> Lo que algunos cuentan, que guisaban niños y los comia *Moteuczoma*, ra solamente de hombres sacrificados, que de otra manera no comia.—*Crónica de la Nueva-España*, cap. 67 en *Barcia*.

<sup>68</sup> Repitiendo lo dicho por *Herrera*, añade: y de otra manera no la comia, como quisieron falsamente imputarle algunos, que ni le supieron ni entendieron, sino por mala voluntad que les tenian concebida á los indios. Lib. II, cap. 88.